

Pensamientos de 4 de la tarde

Andrea Romero



Capítulo 1

Papeles perdidos

Me embriago en palabras, me embriago en recuerdos, mis vicios no son más que esos. Así funciona mi parte en la relojería, así evito que me echen a la calle y me avienten agua como a un borracho del siglo XX. Así converso todos los días con otros como yo, que sienten el desinterés crecerles en el pecho todos los días, que se sienten vacíos porque la vida misma aun no los ha llevado al recoveco del producir y trabajar, que incomprenden a cada rato la basura ilustrada que han escrito otros antes, que se visten de negro y se trastocan de vez en cuando a las 3 de la mañana.

La desnudez se invierte a deshoras, olvidamos que hay más capas debajo de la piel que nos podrían hacer sentir una verdadera, una más profunda desnudez, como si la propia desnudez de la capa más superficial no fuese suficientemente vergonzosa. Entonces, nos vamos pelando capa por capa, o nos pelan de una sin mayor condescendencia, y morimos una y otra vez, y resucitamos (o eso creemos que hacemos), pero seguimos con el sinsabor de la boca en la saliva, sin hambre ni sed, caminando corredores y arreglando almohadas, sintiéndonos víctimas de la propia existencia, aunque no nos hayan tocado ni una sola hebra del cabello. ¿Cómo explicarle a alguien mayor que sus cicatrices de guerra son tan duras como las nuestras de bebé? Que hay heridas que vienen de la autocondescendencia exagerada, que hay cura, pero que somos tan inútiles que vamos tomando de la cucharada con miedo, dejando caer un par de gotas por la barbilla cada vez que el glutinoso líquido nos parece amargo.

Me embriago en dibujos de ojos feos, gatos negros e historias de Instagram, me embriago en sagaces tweets y comentarios mordaces, en videos de YouTube y películas fugaces. Me embriago y llego al hartazgo sinuoso y tedioso que jamás me pondría en el límite de la existencia para considerar si la acabo o la termino. Una voz me dice: "Si el corazón te latiera emocionado con las cosas más pequeñas, no girarías en torno a una vieja emoción por un par de ojos avellana, ojos muertos, ojos tristes".

Ojos que cerraste cuando perdieron el brillo, ojos que se cegaron a razones más reales y, entre la miopía y las salidas, ganas y pierdes piezas del cuerpo, de la anatomía intrínseca que existe y que no existe. Todos los aspectos de la vida terminan siendo una parte de un carrito de supermercado en el que se lleva mi existencia hasta que el pasillo se

acaba.

Sin embargo, solo me bastó un amorío para creer que el carrito podía volar.

Lecturas inconclusas

Ella bailaba con la facilidad de un niño en piñata. Seguir le era difícil por sus tendencias a la nostalgia, a lo absurdo. Si fuese escritora tendría sentido amar de esa forma. Como un parásito con corazón, alguien que sabe que solo conoce de posesiones y desamores y por eso se retira antes de la catástrofe.

Nuevamente hablo de ti, lo escribo más bien. ¿Cómo no hacerlo? Si anoche te vi en mis sueños. Debería olvidarte, pasar el pensamiento, tener la decisión, pero todo lo que hago es quedarme a un lado cavilando sobre aquello que no sabemos, como si en últimas pudiéramos saber algo.

Ella sentía los hilos platinados como burbujas de jabón de cocina, defendía más las lágrimas vespertinas que las ocasionadas por la cortada de la cebolla. Ella se afanaba del paganismo de sus anhelos, la divinización de un par de ojos y una boca callada.

Si realmente tuviera el alma de escritora, pasaría las páginas, tendría personajes nuevos, con diferentes formas, olores, sabores. La melancolía sería polígama también. Tendría una baraja de posibilidades esfumadas, un montón de cigarrillos en los bordes de la mesa del cenicero. Pero el alma es amorfa, desempleada, extraña y algo sonsa.

Murió observando la luna, un destello blanco antes de la caída inminente, un destello como preludeo al Gran Destello final que apaga todas las luces del universo individual y sintiente.

Las cicatrices que me dejaste en cada rincón de la ciudad, verás, me recuerdan que hay maneras hermosas para morir; y la tuya fue como un Renoir, pero de noche, lo que lo hace más bello aún.

Vasos sin agua

Sophie querida, no tienes ni idea del infierno que he pasado en estos días. En el eco del agua que quedó resonando en paulatina frecuencia, encontraba las oscilaciones ligeras sobre el perfecto manto verdoso extremadamente vertiginosas. Cada una me recordaba un pedazo tuyo

que se había quedado impregnado como hollín en sombrero, y verlas subir y bajar en perfecta sincronía me hacía pasar horas escuchando la música con la piel, y dibujando siluetas de mis anhelos más profundos en gratitud.

Ahora la llanura semifría que se aposenta sobre ella me resulta insufrible. Tanto mutismo refleja con más luz el rostro pálido que trata de esquivar todas las miradas. Extraño meterme en los rincones boscosos que divulgaban las pequeñas olas de mi sufrimiento, para sacar de ellos hojas enteras de plata y cobre. Y no puedo sumergirme en ellos, ni llamar al caos mismo, porque la calma pesa más que cualquier piedrecilla cuando encuentra un lugar donde quedarse.

Lo sé querida, yo la invité con tremenda insistencia durante al menos tres veranos. Aun así, ni la culpa dolosa puede quitarme la queja de la boca. Nunca ha sido mi estilo, y más bien siempre ha sido mi pecado. De los cuatro clientes que me llamaron la semana pasada, solo le he respondido con parte de las querellas al tercero. No es que su petición fuese siquiera la más fácil, pero el azar que no he querido descifrar de mis acciones, me llevó a escribirle treinta y cuatro páginas en dos noches de evidente lucidez, una pequeña suma suficiente para pagar la deuda de arriendo que tenía de dos meses.

Mentiría si no dijera que las otras cinco noches en que me la pasé vagando por la ciudad o acomodando mis mudas de ropa por uso y preferencia, no me hacen, ni por un segundo, sopesar en la lengua mi pena por encontrarme apenas con lo que me alcanza al día.

También lo odiaste ¿No? Esa miopía quejosa y desvergonzada que al principio era un signo de genialidad y después un desmérito a toda virtud humana.

Verás Sophie, no trato de encontrar una respuesta, pero la pregunta que me llega a la cabeza irremediamente está ahí, acá y allá. ¿Qué sentido hay en tener un mayor anhelo por la tormenta de tu ausencia que tu ausencia misma? Supongo que de tu ausencia no puedo sacar nada más que ese irremediable silencio. En cambio, en la tormenta me tropezaba de vez en cuando con alguno de tus salvavidas que me hacían sentir como si alcanzara las estrellas en tus labios. Ya ni siquiera la nostalgia o la tristeza acomodada se asoman cuando llego a tales conclusiones. Parte de la calma, supongo.

Debería ir a la oficina hoy, pero es increíblemente cómodo quedarme en la cama junto a la ventana a escribirte.

Entonces, pienso, debería comprarme una guitarra y aprender a tocarla con alguno de mis amigos errantes que se la pasan comprando una tras otra para encontrar nuevos sonidos. No querida, no conociste a ninguno de ellos. Los encontré cuando andaba vagando en la reciente salida de tu cabeza. Pero no te preocupes, son buena gente, como toda la que podría haber en un pueblo como este.

Podría aprender, empezando por la acústica, y entonces, lo que te escribo podría llegar a ser canción, y de esa canción podría sacar algo con que sostenerme, y en el peor de los casos, una fama póstuma por debajo de escena que haría que otros sintieran lo que sentí cuando encontré a Sibylle. Pero eso es soñar demasiado. Ni lo que escribo tiene calidad musical, ni conozco el límite de mis habilidades manuales para aprender a tocar cualquier instrumento, ni mucho menos confío en que mi voz le haga justicia a nada que pueda componerse mediocrementemente en estas paredes.

Ahora que digo eso me doy cuenta de que no tengo voz. Preferí cortarla en el momento en que me di cuenta de lo molesta que puede ser. Tantos años con la boca cerrada algún efecto en las cuerdas vocales debe tener ¿No? Descartemos la idea de la guitarra entonces, con el papel es suficiente tu inmortalidad.

Colillas regadas

Las cosas se me han acumulado y siento la cabeza tambalearme de un lado a otro. No estoy sufriendo querida, te lo aseguro, el tiempo hace su mella en cualquier cerebro testarudo, así que no se trata de eso. ¿Qué es entonces? Desidia, probablemente. Es de mis palabras favoritas, no sé si lo habrías notado, como me gusta ese diptongo -ia cuando está al final de una palabra ni tan corta ni tan larga, con vocales cerradas en medio de las abiertas. Por supuesto que no notaste eso, quizás al principio pudiste haberlo hecho, pero te era más fácil lo comportamental que lo preferencial. A decir verdad, de otra manera no me habrías dado esa horrible camisa grisácea una talla menor a lo que acostumbro. En algún lugar del armario estará de todas maneras. Confieso que la uso de vez en cuando. Miércoles, sobre todo, y solo si salgo, en casa me asaría de calor inmediatamente.

Sophie, sé que día es hoy. Es un par, rechoncho, sonante, una curva infinita, quebrajosa cuando hay nerviosismo. Otra cosa más que no debería saber ¿No? Ese punto en la línea donde se hizo un nudo imposible de desatar. Me parece curioso (Como si nunca nada me pareciera curioso de por sí) la cantidad de nudos que tiene esa cuerda, y el último, que tendría que ser el más significativo no es nada en lo absoluto, comparable

a este de hoy. Quizás tenga otro color, u otro sabor. La memoria me falla ahí. Pero... ¡Claro! ¿Cómo no darme cuenta? Con tan brillante memoria que digo tener porqué habría de olvidar que pasó aquella vez. El nudo tuvo que ser un golpe de titanio seguramente, de la clase de golpes que deja morados por meses, aunque el dolor se vaya. La cuestión es que no me golpeó realmente, se hundió, con todo y cuerda, llevo el flujo a otra sonda, como una parábola. Tendrías que ver el esfuerzo que tuve que poner para continuar el camino cuesta arriba una vez todo estuvo abajo. No me quejo de todas formas, como te escribí un par de cartas atrás, sería incoherente de mi parte decir lo contrario.

Estuve pensando (todo lo que hago últimamente) que me gustaría saber de qué misteriosa caja oscura proviene esa energía que utilizo cuando salgo en grupo o en pareja. Verás, no entiendo la facilidad con la que se me sale un chiste sarcástico en medio de la conversación, esa manía de escurrirme entre las palabras para darme cierto encanto mientras observo pasar las cervezas en el bar. En mis manos soy todo lo que parece no funcionar, un manojo de perturbaciones por el simple hecho de vivir, contigo o con cualquiera, y luego en mi boca soy jocosa osadía, una parte más del perfecto equilibrio de relaciones humanas en sociedad, parte de uno, parte de todos. Podrás imaginar la confusión que tendrían aquellos que como tú tratan conmigo. Afortunadamente nadie presta demasiada atención a esa clase de cosas. Esa es solo otra dualidad más que no ignoro con facilidad, una ligera obsesión que me acerca peligrosamente a duplos con finales algo tristes, algo mágicos, algo únicos y algo estúpidos.

Curiosa es también, la forma en como creí que andaba al desnudo, con el alma en la carne expuesta y pura. (Aclaro aquí que tal sensación de desnudez no es de toda la vida. Probablemente viene de hace cuatro a cinco años y, no lo sabrías, pero, algo tuviste que ver con la caída de esa máscara). Volviendo al punto, pensé que estaba al desnudo, pero probablemente no fuese así. No es estar desnudo sacar una que otra vez un pedazo de piel tersa y claramente íntima en medio de una fugaz conversación sobre asuntos ocultos en medio de un poco de alcohol, o escondidos con un transparente manto de trivialidad.

Sophie, no estoy bien. Sabes que nunca lo he estado y que siempre lo he sabido, pero no estoy bien. Estoy en un estanque llano y claro gris donde nada pasa en ninguna orilla, no hay ansiedad ni depresión, solo yo en medio de todo remando sin rumbo.

Anoche tuve un sueño contándome esa historia, era yo al lado de un profesor que tuve en el colegio, en sus manos había un libro de tapa dura, dentro sabía que aquel día muchos iban en busca de libros, y que a él le gustaba grabar las experiencias de los lectores con ciertos libros en sus

propias voces. Tomé en mis manos un gran libro que acababan de dejar en la estantería y alcancé a oír el testimonio de la última lectora en la grabadora del profesor. Hablaba de un mar oscuro y un viejo. En mi cabeza salían las imágenes hermosamente pintadas de escenas de la tormenta en el mar, y el viejo en un impermeable amarillo, a lo gringo. Sin abrir el libro ni mucho menos leerlo empezaba a decirle que llevaba vagando en un mar calmado toda mi vida, incluso cuando estaba en el colegio. El profesor grabó mis palabras con cierta penumbra en el rostro y no me dijo nada más. Yo tomé el libro y me fui. Después desperté olvidando el resto del sueño, con la irrefutable idea de que nuevamente no estuviste allí.

Llevo vagando en un plano años y años, sin rumbo ni ganas de uno, con el vacío en el tórax y el reproche en la laringe. No soy diferente a los demás, pero la situación quizás sea única en su tipo. ¿Quién se estanca de esa forma sino yo? ¿Quién dice amar un fantasma más ingrato que yo? ¿Quién ha perdido el gusto de cada cosa ante la frustración más idílica más que yo? ¿Quién se hace las mismas preguntas una y otra vez creyendo que tiene miles, pero en realidad es la misma en loop más que yo?

Querida, si ni tú que como bálsamo me hacías pasar los minutos en horas, pudiste entender jamás tantas respuestas contenidas, imagínate ahora lo que podría creer cualquier otro: que más que en la locura, yo estoy es en un pozo autodestructivo sin condición. De hecho, alguna vez me escribiste algo enojada que ese era mi problema. Cuánta razón tenías, cuanto me dolió saber que la tenías. Lástima no es precisamente lo que suscitan estas cosas, más bien una intensa sensación de enojo por tanto desperdicio de tiempo y codicia.

Podría decir "Pobre de mí", pero repetirlo tanto subconscientemente ya me tiene agotada la frasecita, así que solo vivo con la vergüenza interna de respirar de este modo, desperdiciando aire y espacio.

Anoche encontré una de tus últimas fotos, tu mirada no cambiaba para nada. Los rizos te caían en la frente jugueteando con las pequeñas ojeras de nacimiento que tratabas de ocultar con la posición de tu cara frente al lente de la cámara. Tu pelo enmarañado y liso asomándose tímidamente de la capota roja que suavemente delineaba tu cráneo. Y esa boca, tan pequeña, tan definida, un vinotinto gracioso para resaltar la parte más blanca de tu piel. No me quedé observándola por mucho tiempo, no podría sin caer en la melancolía intensa de la que escape unos meses atrás en medio del proceso que implica dejar ir lo que ya se fue.

¿Recuerdas el día que te dije que creía que habíamos secuestrado el gato? Me dijiste que lo habíamos rescatado, que afuera no tenía leche y pepitas para comer, que probablemente a estas alturas ya lo habría arrollado un carro, o habría muerto con el contagio del sida por una mordedura de una pelea. Temías que tuviera otra crisis de culpa, de esas estúpidas y sin motivo médico. En ese entonces aún te importaba salvarme de mis propias ideas, un caso tan inútil como los del inspector Gadget. Lo gracioso es que me calmé más por tu interés en mi bienestar que porque en realidad creyera alguna de esas palabras. Aún tengo presente que después salimos a comprar un poco de pan con mantequilla para llevarle a tu mamá en la tarde. Estabas nerviosa, tenías años sin verla, pero nunca habían dejado de escribirse. Traté al máximo de guardarme mis palabras para explicarte como en cambio a la mía la veía todos los días, más nunca hablaba gran cosa. Por ese entonces intentaba al máximo guardarte ese lado irremediamente egoísta que me hace comparar hasta un copo de polvo suspendido con cualquier cosa en el que intervenga un "yo". No creo que lo adivinaras, tanta precaución no era más que un yo más profundo tratando de mantenerte un poco más a nuestro lado. Días antes había notado como me apretabas la mano a la entrada al edificio como si te amarraras los tenis para ir al gimnasio; por eso el alivio ante la cotidiana preocupación por evitar mis cavilaciones excesivas, o la compra del pan en la tienda de la esquina. No hay arena movediza que una pequeña y fuerte rama de familiaridad no remedie.

Reflejos de auto

Sophie, he rechazado otro trabajo más, me pagarían el doble de lo que tengo en este momento en mi cuenta bancaria, poco menos que tres salarios en realidad, para nada una gran suma, pero evidentemente mayor a lo que puedo estar ganando ahora con mis empleos itinerantes.

Me desconozco en este momento. Algunos años atrás a nadie se le habría pasado por la cabeza tanta mediocridad en mis acciones, luego los cambios surgieron, no lo suficientemente superficiales para pasar desapercibidos, ni lo suficientemente profundos para borrarle el nombre. No lo he comentado con nadie, no porque me avergüence de ello, más bien es por ese tedio que he desarrollado para explicar cada ligera cosa que me sucede a una restringida cantidad de personas a quienes se les nota ya el desinterés en semejantes idioteces. Tú serías una de ellas si estuvieras aquí, por supuesto. Me mataría la cabeza tratando de pensar la forma en cómo hacerte interesar por ellas poniéndolas en tus términos, hasta que eventualmente aceptaría que no es problema tuyo y que la única cura para mi decepción de saberlo, sería salir corriendo por la noche

hasta parar en la casa de mi abuela a tomar café y comer galletitas.

Anoche me emborraché lo suficiente para dejarme ir y recordarlo todo al día siguiente. Tú sabes que nunca fui de mucha bebida, nunca lo fuimos, pero fue inevitable crecer al punto donde las reuniones se llenaban de marihuana y cerveza cada tanto en tanto. Por alguna razón siento que me juzgarías, no sé en realidad porqué, ¿acaso uno mismo no lo hace? Es inevitable censurar todo aquello que no entró en el pequeño marco que teníamos de historia. Desde esa noche no he vuelto a la cómoda normalidad, siento que algo malo me está rodeando, que me voy hundiendo entre cobijas desgastadas y duchas demasiado largas. Fumo más que nunca, y lo peor es que no lo disfruto, me pregunto si le estoy robando la personalidad a alguno de esos personajes animados de tv que son el token de la depresión en la adultez, o si solo soy yo.

Trato de hablar con mis amigos y jamás he sentido con tanta firmeza que ninguno me escucha. No los juzgo, ¿para qué? Nadie tiene el deber de hacer algo tan estúpido como escuchar problemas demasiado individuales, demasiado etéreos. No estoy bien, me repito constantemente, y envidio a quienes sí, a quienes tienen la fuerza de espíritu para seguir adelante con una sonrisa y un mejor mañana, yo me dejé contagiar de tu melancolía y la llevé al extremo el día que me dejaste para siempre. Que ridiculez no poderme levantar del lodo en el que me metí por querer tener empatía con un pájaro derribado. Que ridiculez ser incapaz de ver las mismas 4 paredes del baño cuando me digno a lavarlo sin sentir que en algún momento atrás allí estuve fregando de la misma forma el piso de la ducha para quitarle las manchas negras de jabón que se hacen en las esquinas.

Querida, sabes lo mucho que me gustaban las cartas, escribir a mano, mejor no podría ser. Me gustaba tanto que no podía comprender porque a nadie más que conociera le apasionaba tanto como a mí. Es, probablemente, el único rasgo que tengo que no ha sido alterado ni un poco por el tiempo y la experiencia. Solo me nace, cuando me ahogo o cuando salgo a flote. Sin duda me preocupa lo sedentario y solitario que es, pero tampoco es que me pueda inventar una pasión de la nada. Intenté con el voleibol años atrás, fue un desastre. También probé compartiendo tiempo contigo, traté de meterme en esa manía artística que tenías de colorear absurdamente tus dibujos a lápiz y luego salir a correr por el parque metropolitano por las mañanas sabatinas. Fallé. Terminé en el consumo excesivo de videojuegos, cajetillas y amistades variables.

Eso me hace pensar en los días en que creía que nadie podía superarme, cuando iba a la escuela y estaba en un cuadro con marcos plateados y

tres medallas académicas encima. Por aquel entonces no dudaba mucho de lo que podía alcanzar, me daba miedo fallar, pero de alguna manera sentía que ese miedo premonitorio solo era un paso más de un extenso ritual de excelencia. El orgullo y el asombro era todo lo que un pequeño ego necesitaba para envilecerme las entrañas con ansiedad prematura. No equivocarse. No desfallecer. No rendirse. No dejar nada para después.

¿Qué más iba a hacer después de la caída?

Luz de noche verde

Tengo un poco de guayabo querida, de hecho, te estoy escribiendo en una de las servilletas del bar al que terminé yendo anoche. Aparte del evidente dolor de cabeza que tengo ahora mismo, tengo una maraña de recordatorios en la puerta de la nevera que no logro descifrar. Me gusta pensar en que te voy a encontrar en casa y que al verme tratar de leer los posts it, me sonreirías y tratarías de arreglarlo por mí. Aunque claro, nunca fuiste maternal, ni muy buena con el orden de algo que no sea tuyo. Más bien eras experta en desordenarme la K, la casa, la cabeza, la cavidad pulmonar, y la caída inminente a las curvas de los arañazos del gato. Como la vez que me deslizaste un papel azul por debajo de la puerta con un te extraño en letra pequeña. No dijiste más, no llamaste, no te asomaste a la ventana un lunes en la tarde, solo dejaste un recordatorio, más desordenado que los que tengo en la nevera.

I miss you.

Unos años antes, frente a la fila de un banco, repasé la noche anterior en la que simplemente descubrí lo difícil que es decir las cosas importantes en español. Me pareció interesante como el cambio de idioma podía desasociar tan fácilmente una frase de su significado, era como si la palabra tomase distancia de la carga emocional sin perderla, y en medio de ella, entre dos lenguas, aparecía una misteriosa que sólo tú y yo podíamos entender y al mismo tiempo detestar, entendíamos la pena de decirlo, pero también rechazábamos la cobardía que subyace en quien se esconde en modismos internacionales, diciendo sin decir, o no diciendo mientras se decía todo, eran carga y eran nada al mismo tiempo, una perfecta excusa o un evidente engaño. Yo con mis je t'aime entre gemidos

y tú con tus miss you entretejidos.

Me costó trabajo llegar al punto de quitarnos de encima esa gruesa cobija de algodón. A ti te la echaba cada vez que la noche se ponía tan cálida que parecía anuncio de tv. Tú me la echabas cada vez que se ponía más fría y yo bajaba a la cocina a tomarme un té de hierbabuena y eucalipto. Esa puta cobija podría ser perfectamente el almohadón de plumas de Alicia, demasiado tontos para arrancarla de un cuajo, demasiado.

Sabes Sophie, querida, creo que debería dejar de hablar de nosotros, así, en plural. Nunca te conocí de verdad, siempre pongo palabras, acciones, en tu boca, cosas tan reales como un reloj que pasa de las 24:00 horas. Pero es que no es fácil, porque hacerlo sería callarme de ti, no decir nada, no contar nada. Mi vida es tan mundana como cualquier otra, pero cuando hablo de ti, es como si la magia de lo ordinario simplemente fuera escupida de las fauces de un volcán dormido. Me inspiras todo lo que escribo, y si mueres una séptima vez, se mueren mis manos, mi boca, mi musa. Enfermiza musa.

Señora Diana,

Sé que probablemente no me recuerde, sé que lo que escribo acá sonará estúpido y algo alocado, así que trataré de explicar las cosas de la A a la B, con el detalle necesario.

La última vez que vi a su hija, exactamente hace tres horas con cuarenta y cinco minutos, noté un cambio preocupante, un abandono tan funcional como el mío, pero más degenerativo si el camino toma curva.

No sé si ha notado los cambios de rutina de ella, pero es obvio que no pasa siquiera la noche en casa y cada vez se ve más embebida en los vicios que tanto quieren prohibir escuelas e iglesias. Nunca pensé verme en esta posición de juzgar la libertad de consciencia, mucho menos acudir a la única persona en el mundo, que considero, aún tiene alguna clase de influencia en ella para restringirla; pero por más bizarro que suene, me atormenta la idea de que termine botada en la calle o convertida a una religión más absurda y drástica con un montón de culpa y vergüenza. Ni siquiera quiero pensar en la sarta de cosas que debe reprimir ahora mismo para querer ahogarlas entre el alcohol, juegos extremos, amistades inútiles, cartas astrales y alucinógenos caros.

Y por supuesto no soy quién para juzgar, no sólo porque recurro a las mismas muy de vez en cuando, sino porque a mí vacío lo he estado llenando con otros comportamientos igualmente destructivos, pero con una solución quizás más viable.

Por favor haga algo, así la odie con mi alma, así ella haya destruido lo único humano que me quedaba. Sáquela de aquí por favor, esto quizás pueda ser de vida o muerte, y no puedo dejar de sentir lástima al comparar las fotos de una ella que ya no existe, con lo que vi esta madrugada infernal.

Cordialmente.

NN.

Sophie, siempre viviste con la creencia de que antes estabas peor y que cada vez que te cambiabas el peinado o de religión entrabas a un estado tardío de plenitud; y puede que nunca lo leas, puede que ni leyendo entiendas, pero siempre fuiste perfecta, así como eras. Fuiste perfecta a los 12 años cuando te encerrabas en la habitación con la gata a jugar con tus muñecas mientras mamá trabajaba. Fuiste perfecta a los 17 cuando mandaste esos bombones ilusionada a tu primer novio. Fuiste perfecta a los 19 cuando ibas a la universidad en el metro de la mañana escuchando música y preguntándote por el almuerzo. Fuiste perfecta a los 20 cuando en medio de la lluvia te disculpaste por cada palabra hiriente que alguna vez me dijiste.

Y me gustaría decirte que ahora eres tan perfecta como antes, pero tú vestido a tirones y el olor a cocaína que constantemente llevas en él, me hacen verte tan marchita y alejada de cualquier cosa que antes aborreciste y fuiste. Es mi visión, una más de mil. Seguramente tendrás la entereza de ignorarla, por qué no, cada uno con lo suyo, pero más allá de juzgarte bajo el temor de la caída inevitable, te beso la boca y te pido que no te abandones a aquello que crees que te llena el vacío. Yo lo hice ante ti y mi consecuencia ha sido la desdicha misma, aunque hayas sido lo más lindo que le haya pasado a mi vida. Esa Sophie que eres ahora, ese abandono ensimismado en el que te has metido, puede ser tan placentero como condenado, y si hay un dios allá arriba, ojalá se apiade de ti, y en la vida te vaya a dejar.

Un baile con el fantasma

Es claro por qué escribo esto, no te la pienso mandar, esta me la quedo para mí, la indignación de no alcanza. Siento asco por la historia que estuve contando todo este tiempo. El mundo imaginario que llevaba escribiendo aquí, la tú imperfectamente perfecta. Hasta tu muerte había sido noble, imagina mi sorpresa cuando te vi en el market junto a tres más, cubierta de un humo blancuzco y con zapatos de tacón rojo.

Imagina la decepción gigantesca que cayó sobre mí, cuando tus ojos muertos se posaron sobre los míos y una sonrisa tan lejana como Japón se asomó en tu boca. Tenías morados en los dedos y mugre en las uñas. Una oscuridad de estupor y completa inconsciencia rodeándote los brazos y el pecho. No me diste ni un porqué, ni una explicación de la caída de esa noche. Me pasé la tarde esperándola, entre todo el humo y las risas lejanas, estabas tú con el corazón en España y yo en el rincón de la escalera tambaleando mi confusión autoimpuesta.

Te llevé a mi casa porque nunca en mi vida había sentido tanto la soledad siendo compañía que cuando caminamos buscando comida y un cajero por la zona rosa de la ciudad. Perdí el apetito a mitad del camino y no sabía si había sido por la borrachera de la noche pasada o lo que habíamos consumido minutos antes. El estómago me rugía, pedía y resentía, así como yo estando a tu lado para sonreírle al espejo de la imagen más real que he visto de ti. No te culpo, fui yo quien te creó.

En mi habitación quedó el hedor de lo que hicimos, jamás fue más simple y llano el toque de nuestra piel, ni el gato aguantó tanto, duró dos noches sin querer dormir en mis pies, como acostumbra a hacer. Te besé cada centímetro del cuerpo sabiendo que besaba la muerte, el desgano, el sopor y la pereza. Cuando pusiste el disco de vinilo de los Stones para fumar frente a la ventana, la luz de los apartamentos aledaños te rocío el cabello blanquecino y asesinó mi esperanza de encontrarte en la otra vida. Vomité cuando te fuiste, me lavé las manos y la boca como si hubiese comido mierda, y olvidé por un segundo respirar entre el vacío. Sabía que el momento en que atravesaste mi puerta era la última vez que vería lo que quedaba de ti, sentí el alivio y el terror de saberlo, de ver mi fantasía derrumbarse ante el golpe crudo de una realidad innegable, desenredada, explicada con plastilina.

Lo peor fue la culpa, la culpa de tergiversar mi realidad con la pintura inmortal de la Sophie que amé para doparme con ello los últimos años. No notar el daño inhumano que la percepción visual de un infante de 10 años podría hacer en una persona incapaz de salir de la vorágine interior. Unirme a la ilusión para callar ante el desorden que se derrumbaba con cada día que pasaba llorando por las noches en la cama. El drama, la hipérbole y la sensibilidad como justicieros de un ser humano cítrico y

desalmado.

Sophie, quisiera explanarme en barbaridades sobre tu existencia, en la rabia ciega que sentí cuando la muerte que le diste a tu persona fue hecha en este plano y no en otro. Quisiera gritarte en la cara lo mucho que amé la Sophie de la que huiste, lo injusto que era, lo inverosímil de la situación. Pero vi la cobardía que venía de mi sangre para decir tales cosas, y entonces me di cuenta de la tiranía de mis acciones. Reclamarte por ser tú misma es lo más estúpido por hacer cuando es evidente que el amor profeso que te tenía estaba condicionado por la migaja de amor que podías darme, como si yo tuviese una enfermedad terminal y tu fueses la morfina que cayese gota a gota. Tanto desprecio me tengo que debo arrastrarme a tus pies para que me des algo que mataste indiferentemente. Adiós Sophie. Esta es mi última carta.